

108 *Instruccion sobre las palabras*

tancia del vino, pidamos á Dios que nos dé la gracia de meditarlas de antemano con un corazon puro y abrasado de caridad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

DE LA CONSAGRACION DEL VINO.

EXODO, CAP. 24.
vers. 8.

*Esta es la sangre de la alianza que
ha establecido el Señor.*

YA no habla Moysés, hermanos míos, ni se trata de una alianza pasajera, ni de una ley de muerte. La alianza de que tratamos está cimentada con la sangre, como la que Dios hizo en otro tiempo con su pueblo;

TOM. II. K

pero no con la sangre de una víctima mortal, de una hostia sin sentido ni razon. Esta es la sangre de un Dios, que derramada en honor de Dios, repara perfecta y completamente todos los pecados. Esta es la sangre del mas santo y mas excelente de los hijos de los hombres, que vertida por la salud del hombre, le asegura el perdon y la gracia, la felicidad y la paz. Preparémonos por tanto á escuchar las grandes lecciones que nos va á dar Jesu-Cristo, de cuya boca salieron estas divinas palabras, las quales son una continuacion de las que acabamos de explicar en la Instruccion anterior: ellas obran el mismo misterio, y segun los Teólogos, dependen las unas de las otras de tal manera, que no llega á tener su efecto la consagracion hasta tanto que se han dicho todas. Es verdad que por la virtud de estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, se convirtió el Pan en el cuerpo de Jesu-Cristo, como se convirtió el Vino en la sangre de Jesu-Cristo por la virtud de estas otras: *Esta es mi sangre*; pero como un cuerpo no puede vi-

vir sin sangre, ni la sangre puede estar animada si está separada del cuerpo, nos dicen los Teólogos que hay entre estas dos palabras una fuerte conexion que llaman concomitancia, la qual hace que por la virtud de estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, se una el cuerpo de Jesu-Cristo á la sangre en el cáliz; y por la virtud de estas otras: *Esta es mi sangre*, se una la sangre al cuerpo baxo las especies del Pan. Así, aunque, estén divididas estas dos palabras: *Esto es mi cuerpo*: *Esta es mi sangre*, nos las presenta la fe en la boca de Jesu-Cristo como un solo acto de su poder, por el qual convierte las especies inmolándose á sí mismo como Sacerdote, y vertiendo su sangre preciosa como víctima para la remision de nuestros pecados. Veamos ahora el orden que la Iglesia se ha prescrito para repetir estas palabras.

En esta segunda parte de la consagracion observa las mismas ceremonias que en la primera, es decir, que el Sacerdote se inclina, bendice el Vino, se arrodilla para adorar el cuerpo y sangre de Jesu-Cristo luego que pronuncia es-

tas palabras, y levanta el cáliz para que pueda ser visto y adorado de todo el pueblo. Meditemos ahora omitiendo la explicacion de estas ceremonias las palabras de la consagracion.

La Iglesia habia en algun modo preparado la primera parte de ella, refiriendo las circunstancias que interviniéron, y ahora lo executa tambien ántes de la consagracion del cáliz. Así nos dice: *Igualmente despues de haber cenado*, esto es, despues de haber cumplido la ley judaica en la inmólicion del Cordero Pascual, y de haber hecho con sus Apóstoles la última Pascua, á fin de acercar mas la figura á la realidad, y que conociesen mejor el valor de la víctima que se substituía en lugar de los holocaustos antiguos: en el momento en que su boca está teñida todavía con la sangre de esta víctima impotente, es quando tomó este excelente cáliz en sus santas y venerables manos para llenarlo de la sangre de la víctima adorable y universal. Este cáliz estaba expresamente figurado en aquel que tomaba el Profeta invocando al Señor, y es mas excelente que el que producía en el

mismo Profeta una santa embriaguez, capaz de calmar todas sus inquietudes y amarguras. Este es el verdadero cáliz de bendicion, no solo porque tomándole Jesu-Cristo dió gracias y lo bendixó, sino tambien porque de este cáliz es de donde debe derramarse sobre toda la faz del Cristianismo el espíritu de fervor y de piedad, el espíritu de consuelo y de paz, y el espíritu de amor y de caridad.

Consideremos, hermanos míos, que Jesu-Cristo en este momento teniendo entre sus manos el cáliz que va á recoger su preciosa sangre, desempeña las funciones de Angel de la paz y de Ministro del Testamento Nuevo. San Juan en el Apocalipsis nos habla de los Angeles, á quienes el Eterno entrega el vaso de su furor para verterle sobre todas las naciones, y aquí el Padre pone tambien en las manos de su Hijo el vaso de su misericordia para verterle sobre las almas pecadoras, y purificarlas de todas sus manchas; pero lo que me aflige sobre manera, es que el cáliz de bendicion sea para muchos una bebida mortal por el abuso que se hace de él, y que por la malicia de los malos se

convierta frecuentemente en vaso de maldicion y de cólera contra los sacrílegos y los profanadores. Por tanto dice San Juan Crisóstomo que procuremos que quando Jesu-Cristo nos dice : *tomad, y bebed todos de él*, que no se acerque á tomarlo ningun avaro, ni aquel que tenga la conciencia manchada con pasiones vergonzosas, ni ningun corazon doble y pérfido como el del traidor discípulo. Oh vosotros, que habeis llegado á borrar los desórdenes con lágrimas abundantes, con un dolor vivo, y una penitencia sincera ; oh vosotros, á quienes un corazon sensible, un alma inocente y una conciencia pura os ponen en el número de los verdaderos discípulos de Jesu-Cristo ; vosotros que os mostrais fieles en la práctica de su ley, deseosos de llevar su cruz, y hambrientos santamente de la justicia ; vosotros sobre todo que habiéndois hecho víctima con él, le inmolais vuestras inclinaciones, le sacrificais vuestros placeres, le ofreceis vuestros bienes en la persona del pobre, tomad llenos de confianza este cáliz, y escuchad estas palabras : esta es la sangre del Nuevo Testamento, que recon-

cilia á un padre irritado con sus hijos indóciles, que repara los ultrages de todos los siglos, que borra todo género de pecados, y reconcilia los pecadores de todas las edades : esta es la sangre del verdadero Cordero Pascual, que pasando por vuestros labios, va á teñir la puerta de vuestro corazon y á apartar el Angel exterminador : esta es la sangre figurada por la de la becerra, cuya aspersion tiene la virtud de purificar las conciencias de las obras muertas : esta es la sangre que representada por la que llevaba el gran Sacerdote una sola vez al año al Santísimo, es ahora sin cesar ofrecida por Jesu-Cristo, y continuamente presentada á Dios por nosotros en el Santuario de su gloria ; esta es la sangre que grita mucho mas fuerte que la de Abel, pero con voces de misericordia y de gracias ; que obra con mucha mas eficacia que la de tantas víctimas desechadas, y que consolida, no la alianza pasagera que Dios hace por el ministerio de los hombres con un solo pueblo, sino la alianza eterna que contrata por el ministerio de su hijo con todas las naciones de la tierra.

Dentro de poco nos dice Jesu-Cristo : esta sangre místicamente derramada, lo va á ser de una manera sangrienta y visible, y el deseo que tengo de derramarla es causa de que tome este medio para verterla en vuestros corazones. Esta sangre va á derramarse por vosotros que sois mis discípulos : la envidia de mis enemigos es una de las causas de mi muerte; pero no es esta sin embargo la principal. Las acusaciones que han de inventar para perderme, la perfidia del discípulo que me ha de vender, la cobardía del Juez que me ha de condenar, y la crueldad de los verdugos que me han de quitar la vida son otros tantos instrumentos de que se sirve mi caridad ingeniosa para probaros mi amor. Esta caridad infinita en sus principios es inmensa en sus efectos : mi bondad no distingue de Judíos ó de Gentiles, de Griegos ó de bárbaros, porque mi sangre será derramada por todos ; y si la superabundancia de mis méritos no tiene para todos igual aplicacion, no culpeis á mi grande misericordia, porque el hijo de perdicion deberá solo su caída á su pecado. No querais por tan-

to sondear con demasiada curiosidad la profundidad de mi justicia ; adorad sus rigores sobre los que se pierden, y prevenid su severidad con una fiel aplicacion de este misterio de mi amor. Yo establezco este Sacrificio para la remision de vuestros pecados, y como ellos se renuevan todos los dias, será tambien ofrecido todos los dias para purificaros de ellos.

Convidando los Profetas á los Israelitas á la penitencia, les mandaban pegar su rostro con la tierra para expresar mejor la humillacion que les inspiraba la consideracion de sus crímenes ; y esta circunstancia del Sacrificio de la Misa me autoriza tambien á mí para exhortaros á imitarlos. Sí, debeis postraros humildemente en tierra, y pegaros con ella para adorar este misterio de un Dios, que se ha hecho víctima por el pecado. Jesu-Cristo en el Altar solo piensa en nuestras llagas, y prepara el remedio para ellas. Perdonad, Señor, dice á su Padre, perdonad á vuestro pueblo : no conserveis por mas tiempo los justos sentimientos de vuestra ira ; y si todavía estais implacable contra el pecado, descargad vuestros

golpes sobre una víctima que se ofrece por todos. En efecto los descarga el Padre, hermanos míos, y este Sacrificio, á pesar del aparato de piedad, y de respeto que conservan los Cristianos que asisten á él, siempre es un Sacrificio de expiacion y de sufrimiento para Jesu-Cristo: no de un sufrimiento actual, incompatible con el estado de gloria y de felicidad, á que le ha elevado su Resurreccion, sino de un sufrimiento en algun modo representativo de los tormentos que padeció en su pasion. Jesu-Cristo es en la Misa, como lo fué en la cruz, víctima de la hipocresía de los Sacerdotes, de la perfidia de sus discípulos, del abandono y de la ingratitude de los mismos á quienes ha colmado de beneficios y de gracias, y del desprecio y de las burlas de los que vienen á presentarse delante de su Altar, y estos mismos pecados que renuevan con tanta crueldad la historia de su pasion, son el objeto de este Sacrificio.

El silencio que guarda sobre el Altar semejante al que guardó sobre la cruz, no tiene otro objeto que inspi-

rar á los que le ultrajan el arrepentimiento y la penitencia: las oraciones que encamina á su Padre tienen tambien el de conseguir su conversion, y prodigando su sangre sobre el Altar, como sobre el Calvario, quiere que todos los que concurren al Sacrificio encuentren la salud y la vida, la paz de sus almas, la curacion de sus heridas y la remision de sus pecados.

Demos pues fin á esta instruccion con las palabras mismas con que se acaba la consagracion: *Todas las veces que hicieris estas cosas las hareis en memoria de mí.* Llevad á esta accion las mismas disposiciones y sentimientos que me han empeñado á mí para ella: considerad que el objeto de mi mision, el fin de mi Sacrificio, y el compendio al mismo tiempo de vuestras obligaciones es el vengar á un Dios ultrajado, el destruir el reyno del crimen, y establecer el reyno de Dios sobre las ruinas del Príncipe de las tinieblas. Bien conozco que no será bastante el asistir, ofrecer ó participar de esta oblacion, para hacer esta accion en memoria mia; y así es indispensable tambien que el ódio del pecado, la vo-

luntad de destruirlo y de expiarlo por la penitencia, excite en vuestros corazones ese amor de la cruz, ese espíritu de abnegacion y de desprendimiento que me han conducido al Altar. Ya pues que haceis memoria de mi Sacrificio, hacedla tambien de mi obediencia con vuestra sumision á la ley; de mi paciencia con vuestra igualdad de espíritu en las aflicciones de la vida: de mi dulzura con vuestra deferencia los unos por los otros: y de mi tierna caridad con vuestra atencion en aliviar á los miserables.

Haced todo esto á exemplo mio, y entónces podreis hacerlos la justicia de que haceis estas cosas en memoria de mí. Vuestra vida, como la mia, será un Sacrificio continuo, y mi oblacion derramará sobre todas vuestras obras el espíritu que debe vivificarlas, y hacerolas meritorias para la vida eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

UNDE ET MEMORES.

PSALMO CXVIII.

v. 49.

Acuérdate de tu palabra á favor de tu siervo, en la que me has hecho esperar.

EN este pensamiento del Profeta encuentro una idea exácta de los sentimientos que deben inspiraros las palabras de la consagracion que os acabo de explicar. En efecto estas son las palabras del Señor por excelencia, pronunciadas por la misma boca de aquel

á quien ha sido dado todo dominio en el cielo, en la tierra y en los infiernos: ellas son dirigidas verdaderamente á sus siervos, á quienes ha impuesto el precepto de repetir las. Ellas son palabras de esperanza y de vida, porque el misterio que han obrado tiene por objeto el resucitar á los muertos por el pecado, y reanimar la confianza de los que por una justa consideracion de su enormidad pudieran venir á punto de desesperacion. Por tanto podemos decirle como el Profeta: hemos hecho en memoria vuestra lo que nos habeis mandado, asistiendo con religioso respeto al Sacrificio que se obra por las palabras que os habeis dignado enseñarnos. Mostrad, Señor, que estas palabras hacen sobre Vos las impresiones mas saludables en favor de vuestros siervos, y no permitais que su confianza quede sin efecto. Vamos pues, hermanos míos, á pasar desde estas palabras á las oraciones que siguen á la consagracion. Las anteriores pueden mirarse como una preparacion, y las que voy á explicar como una aplicacion de este misterio.

La Iglesia acaba la consagracion

con estas palabras de Jesu-Cristo: *Ha-
reis estas cosas en memoria mia, y
el Sacerdote inmediatamente despues
dice la oracion siguiente: Por tanto,
Señor, haciendo memoria nosotros,
tus siervos, y tambien tu pueblo santo
de la bienaventurada Pasion del mis-
mo Cristo, tu Hijo y nuestro Señor,
y de su Resurreccion de los infiernos,
como tambien de su gloriosa Ascen-
sion á los cielos; ofrecemos á tu in-
comparable Magestad, de tus mismos
dones y dádivas la Hostia pura, la
Hostia santa, la Hostia immacula-
da, el Pan santo de vida eterna, y
Cáliz de perpetua salud.*

La primera reflexion que esta oracion me inspira, es la distincion que hace la Iglesia en la oblacion del Sacrificio entre los asistentes y el pueblo de Dios. Es cierto que la victima se ofrece por todos; pero especialmente por los que estan presentes, los cuales se identifican en algun modo con el Sacerdote; así como éste con Jesu-Cristo, en quien reside únicamente la plenitud del Sacerdocio, de manera que la primera aplicacion de este misterio se hace por el Sacerdote que le ofre-

ce, y por los que le ofrecen en la actualidad por sus manos, de donde inferiremos que la frecuente asistencia al Sacrificio de la Misa, aun en los dias que no son de obligacion, es una de las prácticas mas útiles, preferible á todas las oraciones que podemos hacer en el interior de nuestras casas, porque nos hacemos en la Misa en algun modo los representantes de la Iglesia entera para ofrecer en su nombre, y conseguirla las gracias, que son el fruto de este Sacrificio. Pero si esta tierra madre da una justa preferencia á los que con reverencia y devocion concurren al santo Sacrificio, no echa en olvido á los que se ven privados de esta satisfaccion piadosa, ó bien por las distancias de sus casas, ó por sus negocios particulares, ó por sus enfermedades; ni tampoco á los que dexan de asistir, ó bien por un descuido afectado, ó por una culpable indiferencia. A todos pues comprehenden estas palabras: *y tú, pueblo santo*: ; Qué consuelo tan dulce, hermanos míos, para los que se ven privados de la participacion de este Sacrificio por las causas justas y legítimas que hemos indi-

cado, qué consuelo digo el pensar que estan presentes en la asamblea de los fieles; que la Iglesia piensa en el remedio de sus necesidades, y que la distancia que los separa exteriormente de la víctima, no es capaz de romper la union que ha formado la caridad! Ellos en efecto pertenecen á esta santa familia, y estan tanto mas unidos, quanto mas se conforman con la cabeza de ella así en sus trabajos, como en su paciencia.

Segunda reflexion. Aunque el Sacrificio de la Misa esté destinado especialmente á recordarnos la memoria de la pasion de Jesu-Cristo, tambien hace mencion la Iglesia en la oracion de que tratamos de los misterios de la Resurreccion y de la Ascension, por la relacion esencial que tienen con la pasion. Así en este Sacrificio hacemos memoria de Jesu-Cristo muerto, el qual ha destruido con su muerte el imperio que ésta tenia sobre nosotros; y siendo ella ántes el tributo del pecado, es ahora el paso á una vida que no reconoce fin. Hacemos tambien memoria de Jesu-Cristo resucitado, cuya Resurreccion es el modelo y el princi-

pio de la nuestra, el qual saliendo del sepulcro iluminó nuestra fé, fortaleció nuestra esperanza, conserva en este Sacrificio todas las qualidades de los cuerpos gloriosos, y transmite á los nuestros la dichosa felicidad de ser transformados un dia en él. Hacemos tambien memoria de Jesu-Cristo subiendo á los cielos, y en alguna manera nos subimos tambien con él, y nos colocamos en espíritu en el lugar que á cada uno le destina, de suerte que podemos mirarnos desde ahora como los ciudadanos del cielo, y considerarnos en la tierra como en un estado de verdadera peregrinacion. ¿Será posible que traiga un Cristiano con frecuencia á su memoria los frutos de estos misterios, y que conserve tan constantemente el amor á las cosas sensibles? ¿Qué, ofrecemos el Sacrificio en memoria de Jesus Crucificado, y el espíritu de religion no tendrá poder sobre nuestros corazones para inspirarnos el espíritu de abnegacion y de sacrificio! Nosotros participamos de su Resurreccion, participando de esta oblation santa, y esta participacion no consiste por desgracia sino en oraciones estériles, las quales de nada nos sir-

ven para evitar las obras muertas, ni nos hacen mas fieles para caminar en una vida nueva. Jesu-Cristo ha resucitado para no volver á morir, y nosotros no procuramos defendernos de los golpes mortales que nos puede dar el enemigo de nuestra salvacion. En fin, nos unimos á Jesu-Cristo subiendo á los cielos, y nuestros corazones sin embargo estan aprisionados con vínculos terrenos entregados á los deseos de la carne, y siendo tan dóciles á las voces de la sangre, carecemos aun del deseo de los bienes de la eternidad. ¿Podremos pues llamarnos con justicia siervos de Dios: nos atreveremos á contarnos en el número de sus hijos y de su pueblo, y á tomar el título de nacion santa? ¿podremos alabarnos de conservar en la memoria estos tres grandes misterios con un profundo reconocimiento? ¡Ah! Lloremos nuestro criminal olvido, y digamos con espíritu de contricion y de humildad: Señor, al ofrecer este Sacrificio á tu incomparable Magestad nos llenamos de temor, y á la verdad que nos veriamos oprimidos baxo el peso de esta magestad adorable, si no tuvieramos que ofrecerte tus mis-

mos dones y dadivas. No mires, Señor, nuestros pecados sin número, ni la resistencia culpable que hasta aquí hemos tenido, sino la Hostia pura, la qual no ha conocido el pecado, sino para sufrir su pena, ni experimentó la malicia propia de la humanidad sino para sucumbir baxo sus esfuerzos. Haced, Dios mio, que su Sacrificio purifique vuestras almas de todo afecto desordenado, y de todos los deseos que sean opuestos á vuestra ley, para que seamos santos por la union á esta Hostia santa; y si no podemos pretender esa pureza esencial, esa pureza inviolable, que no ha sido jamas manchada con el pecado, haced, á lo ménos que participemos de la víctima que reúne en sí el germen de esta pureza esencial, porque ella es Hostia inmaculada: haced que en adelante no gustemos de los frutos de la iniquidad, de esos frutos que nos han dado tantas veces la muerte, y que nos la darian todavía, si en vuestra Iglesia no hubieseis puesto como en otro tiempo en el Parayso de las delicias un Arbol de vida, un Pan de vida eterna. Vuestra misericordia hace correr continuamente de este jar-

din, no rios caudalosos de aguas cristalinas, sino una Sangre preciosa que al mismo tiempo es vida y refrigerio de nuestras almas. Hacednos pues partícipes de este Cáliz que apaga la sed, y que es el Cáliz de perpetua salud.

El Sacerdote al decir las últimas palabras de esta oracion, hace á cada atributo de la víctima una señal de cruz; pero debeis advertir que aunque estas señales signifiquen como las que se han hecho ántes de la Consagracion, que el Sacrificio es la representacion de la passion de Jesu-Cristo, su objeto, sin embargo, no es como el de las primeras de bendecir los dones, porque ya estan benditos por la conversion de las especies del Pan y del Vino en el Cuerpo y Sangre de nuestro Salvador; sino el de advertir al Sacerdote y á los asistentes que este Sacrificio renueva el de la Cruz, no solo en quanto á su substancia, sino tambien en quanto á sus efectos.

Sobre la Cruz se ofrece una Hostia pura, á un Dios puro: una Hostia Santa, á un Dios tres veces Santo: una Hostia inmaculada, á un Dios enemigo y vengador del pecado: un Pan de

vida eterna, al que es principio de ella; y un Cáliz de salud perpetua, al que es el fin de esta salud. Estos mismos objetos se nos representan á medida que el Sacerdote repite las señales de Cruz: en efecto ellas me representan siempre á Jesus crucificado, no solo de una manera figurativa, sino positiva y real: ya no hay necesidad de transportarse en espíritu al Calvario para participar del Sacrificio, porque el altar se hace un Calvario nuevo en donde la justicia de Dios pide el Sacrificio, en donde le prepara la sumision del Hijo, se executa por el ministerio del Sacerdote, y le consume la caridad. Aquí puedo yo decir como en el Calvario que ha sido ofrecido por su espontánea voluntad, y por su propio ministerio como una Hostia pura é inmaculada. Oxalá que pudiese decir con tanta verdad como el Apóstol: *estoy unido con Jesu-Cristo á la Cruz*. Estoy unido á la Hostia pura, sino con una pureza inviolable, á lo ménos con una detestacion perfecta del pecado: estoy unido á la Hostia santa, sino por una justicia inadmisibile, á lo ménos por una voluntad sincera de velar en defensa del rebaño que me ha

confiado: estoy unido á la hostia inmaculada, sino libre totalmente del pecado, á lo ménos con un deseo verdadero de vengarlo con la penitencia: estoy unido al Pan de vida eterna, sino renunciando del todo los objetos terrenos y pasajeros, á lo ménos con un desprendimiento interior de ellos, y un gusto anticipado de todo lo que participa de la eternidad de este Pan: en fin, estoy unido al Cáliz de salud perpetua, sino con un amor tan ardiente como el Hijo, y con sus humillaciones y tormentos, á lo ménos con una perfecta sumision á su voluntad, con una resignacion entera á sus órdenes, y con una confianza inalterable de que el Cáliz amargo, que su justicia me presenta en la tierra, será dulcificado perfectamente con los consuelos que me prepara de salud perpetua. Así sea.